

“Los dilectos de los dioses mueren jóvenes” es un axioma admitido casi por todos. Grandes poetas universales murieron en edad temprana: Keats, Novalis, Shelley, Chénier, Garcilaso, Bécquer... Como ellos, nuestro poeta oriolano murió joven — a los 32 años—, pero nos dejó una obra extensa, madurada por el dolor y artísticamente lograda por su maestría técnica. Miguel Hernández es un alto ejemplo de autosuperación para los jóvenes, pues trató siempre de vencer la rudeza original que creía poseer y lo consiguió plenamente. Es el hombre de la tierra que aspira a las formas de expresión más culta, incluso a las más alquitaradas (como lo hizo en *Peritos en lunas*, su primer libro). Cuando escribió esta obra —a la sombra del centenario gongorino—, M. H. estaba superando una tragedia: la del poeta de limitada cultura que aspira a las formas más elevadas del pensamiento y del arte. Toda la vida de nuestro poeta fue un constante esfuerzo para elevar hasta su dignidad interior y hasta un plano de hermosura superior, todas las miserias y tristezas que cercaron su existencia. Aunque nunca dejó de ser quien era: un poeta original en busca de expresión propia. A lo largo de toda su obra —lírica y dramática— siempre se percibe al aliento de un poeta auténtico e indudablemente bien dotado, en constante proceso de crecimiento interno y de maestría poética: búsqueda de la intensidad lírica, depuración de su caudalosa riqueza metafórica y preciosismos verbales, ejemplarizados por *El rayo que no cesa* y tantos otros poemas.

Cuando llegó la Guerra Civil, M. H. se sintió arrebatado por el viento que sacudía al pueblo de España y, “sangrando por trincheras y hospitales”, se descubrió a sí mismo como poeta de ese pueblo, conquistando su primera madurez: “Me alegré seriamente, lo mismo que el olivo”. Publicó su *Viento del pueblo* que, más que libro, es viento, alud de versos épicos, arengas, explosión, ternura, llanto: todo lo que bullía o temblaba a borbotones en el alma del pueblo. España —malherida— se le convierte en dolor del espíritu y de los huesos y al cantarla y al llorarla, empuña el corazón. Por este libro —al terminar la contienda— le condenaron a la pena capital y después fue conmutado. Pasa hambre, frío, enfermedad. Sin embargo, lenta y dolorosamente escribe su *Cancionero y romancero de ausencias*. Es un verdadero diario íntimo: las confesiones de un alma en soledad. Son poemas breves, escritos en pocas palabras, sinceras, desnudas, enjutas. El dolor ha secado la imagen y la metáfora. Ni un rastro de leve retórica. Su dolor solo: su dolor de hombre y el sombrío horizonte de los presos, el ir a la muerte cada madrugada. Canciones y romances lloran virilmente separaciones irremediables. Ni un brillo en esta poesía requemada

por la pena, hecha ya desconsolada ceniza. Hernández se acerca centro mismo de la vida y de la poesía en ella entrañada:

Cogedme, cogedme.  
Dejadme, dejadme.  
Fieras, hombres, sombras.  
Soles, flores, mares.  
Cogedme.  
Dejadme.

Niños, adolescentes, jóvenes penetran la temática de la poesía hernandiana. La elegía a su amigo Ramón Sijé —“compañero del alma”—, incluida al final de *El rayo que no cesa*, podría representar el dolor de M. H. por el fallecimiento de un joven —equivalente en la poesía española de “Adonais”, la elegía de Percy B. Shelley escrita por la muerte de John Keats. Su “Égloga” a Garcilaso —“un claro caballero de rocío”— representaría también un homenaje de un poeta joven que murió heroicamente. En *Viento del pueblo*, sobresalen —individualizadas— la “Elegía Primera (a Federico García Lorca, poeta)” y la “Elegía Segunda (a Pablo de la Torriente, Comisario político)”: ambos murieron jóvenes, dejando un legado. Pero su poema, titulado “Nuestra juventud no muere”, es una elegía colectiva que quiere convertirse en oda, pues no llora a los jóvenes muertos sino que los exalta como vivos: “la juventud verdea para siempre”.

Su romance “Llamo a la juventud” es una perenne lección de ética para los jóvenes de todos los tiempos, al mismo tiempo que una invitación a ganar la inmortalidad, aquella “fama vividora” calderoniana. Valentía, coraje, autosacrificio, como auto-realización individual y colectiva.

Yo trato que de mí queden  
una memoria de sol  
y un sonido de valiente.

Después, exaltadamente, exclama:

Juventud solar de España:  
que pase el tiempo y se quede  
con un murmullo de huesos  
heroicos en su corriente.  
Echa tus huesos al campo,  
echa las fuerzas que tienes  
a las cordilleras foscas  
y al olvido del aceite.

.....

Sangre que no se desborda,  
juventud que no se atreve,  
ni es sangre, ni es juventud,  
ni relucen, ni florecen.

.....

La juventud siempre empuja,  
la juventud siempre vence  
y la salvación de España  
de su juventud depende.

Que estas últimas palabras sean premonitorias, además de legado hermoso dejado por un poeta que murió joven a toda la juventud de su patria: legado que es válido tanto para la muerte como para la vida, en versos de perdurable vigencia.

*Concha Zardoya*